

Las Pruebas de la Fe

Por Jesús Briseño Sanchez



Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, (1Pedro 1.7)

INTRODUCCIÓN

Así dice la palabra del Señor:

En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, (1Pedro 1.6-7)

La palabra prueba es traducción del vocablo *peirasmos*, que puede ser traducido como prueba o tentación, y puede tener diferente sentido o significado según el contexto. Puede referirse a pruebas con un propósito y efecto beneficioso, a aflicciones o enfermedades. Puede referirse también a pruebas con el propósito concreto de conducir a actuar mal, las cuales son obra de Satanás. En todo caso, actúan con el permiso de Dios, y bien estudiadas y comprendidas pueden ser para nuestro beneficio.

La Biblia en Lenguaje Sencillo dice: *“Por eso, aun cuando por algún tiempo tengan que pasar por muchos problemas y dificultades, ¡alégrense! La confianza que ustedes tienen en Dios es como el oro: así como la calidad del oro se pone a prueba con el fuego, la confianza que ustedes tienen en Dios se pone a prueba con los problemas. Si ustedes pasan la prueba, su confianza será más valiosa que el oro, pues el oro se puede destruir. Así, cuando Jesucristo aparezca, hablará bien de la confianza que ustedes tienen en Dios, porque una confianza que ha pasado por tantas pruebas merece ser alabada”*.

En el contexto inmediato habla Pedro de nuestro renacimiento para una esperanza viva, para recibir una herencia en los cielos que no se puede marchitar; para ello somos guardados por el poder de Dios mediante nuestra fe. Esas son las cosas que nos causan alegría y nos permiten sentirnos victoriosos y por tanto vivir gozosos en esta vida.

Pero dice el apóstol, que si Dios lo considera necesario, la calidad de nuestra fe deberá pasar por diversas pruebas.

Según los expertos, cuando el oro tiene impurezas es difícil de trabajar con él porque se quiebra. De ahí que deban fundirlo en el crisol y aplicarle diversos químicos, para eliminar las impurezas.

El crisol para la plata, y la hornaza para el oro; Pero Jehová prueba los corazones. (Proverbios 17.3)

Dios toma su corazón y lo escudriña, y si usted se deja examinar y ser moldeado, Él quitará de ahí todas las impurezas, para hacer de su corazón un trono donde pueda morar la santa presencia del Altísimo.

Dios quiere que cuando Jesucristo venga por nosotros, pueda encontrar nuestra fe más fiel y pura que el oro, porque es más valiosa y de duración eterna. Para eso está el crisol de los problemas, las aflicciones y las pruebas de nuestra fe.

Dios no desea saber de qué está hecha nuestra fe, pues Él lo sabe todo y nos conoce muy bien; lo que quiere es que lo sepamos nosotros (Job 23.10).

Lo que Dios quiere es que ante cada prueba, ante cada tentación, ante cada circunstancia que se nos presente en nuestra vida, tengamos en mente nuestra fe en Cristo, nuestra fidelidad al Señor, nuestra confianza en Su poder y promesas, así como la responsabilidad de actuar y responder de acuerdo a esa fe.

Una de las principales pruebas de nuestra fe, son las persecuciones por motivo de nuestra obra espiritual:

Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entrometerse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por

ello. Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿En dónde aparecerá el impío y el pecador? De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien. (1Pedro 4.12-19)

Dentro de todos los designios de Dios, este es uno de los mas incomprensibles para nosotros: que Dios permita que los hombres sean perseguidos, afligidos y aun asesinados, cuando son siervos santos y fieles a su verdad.

Este es un fuego de prueba que nos sorprende, como si algo fuera de lugar estuviera sucediendo. La Nueva Versión Internacional dice "*algo insólito*". Pero la enseñanza de Dios es que no es para nada algo extraño o ajeno, el que sus siervos sufran a causa de la justicia y de su trabajo.

No solo reposa sobre ellos el Espíritu Santo, reconociéndolos y acompañándolos, sino que se hacen partícipes de los padecimientos de su Señor. Cristo es glorificado cuando se soportan los ataques y se responde con el bien.

¿Se acuerda cuando los apóstoles fueron azotados por predicar a Jesús? Ellos salieron de la presencia del concilio gozosos por haber sido tenidos por dignos de padecer por Cristo, y no cesaban de predicar.

Así lo ve Dios y así lo ven sus apóstoles. Así debemos de verlo nosotros: una oportunidad para saber de que está hecha nuestra fe y de glorificar a Cristo Jesús participando de sus padecimientos.

Aun a la iglesia primitiva se le anuncia la prueba de las persecuciones futuras:

No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. (Apocalipsis 2.10)

Además de anunciar con anticipación los sufrimientos que vendrían, se le ordena a la iglesia en Esmirna, que no tema, que sea valiente. Se le revela el origen de los ataques, que esos ataques serían su prueba, se le habla de lo realmente temporal de las aflicciones, y se le da la clave para mantenerse firme: poner su mirada en la corona de la vida que Dios les dará.

Nuestro hermano Bill H. Reeves comenta: *“El cristiano tiene que preparar bien su mente antes de que venga la prueba de fe, para que una vez venida ella no se le extrañe y actúe de manera no agradable al Señor”*.

En esta, y en todas las demás pruebas de la vida, pensar antes cómo vamos a comportarnos y cómo vamos a responder llegado el momento, nos preparará y equipará para hacerlo de la mejor y más espiritual manera.

¿Existe alguna persona que lo molesta con mala intención? Imagínese en el momento de la prueba, acuérdesse de estas cosas, y piense cual es la mejor forma y las mejores palabras con qué responder. Llegado el momento, estará mejor preparado.

Asimismo, en nuestra vida diaria hay momentos difíciles, momentos de tensión. En la calle, en el trabajo, y aun en la misma familia, puede haber relaciones y tratos que nos distraen espiritualmente o que llegan a desafiar nuestra paciencia o nuestro dominio propio.

En todos esos momentos está Dios presente, en ninguno de ellos nos deja solos, y en todos espera sobre todo que respondamos y nos comportemos como sus hijos. Buscando la paz con todos en todo lo que dependa de nosotros. Buscando el bien ajeno antes que el propio. Tomando la iniciativa y estableciendo la regla de oro.

Crea en su corazón y recuerde, que son más importantes tanto nuestra paz espiritual como la gloria de nuestro Dios.

No se mate por las cosas que son temporales, fije su mirada en las espirituales y eternas, ¿Por qué?:

Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas. Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. (2Corintios 4.17-5.1)

La Biblia en Lenguaje Sencillo dice así: *“Las dificultades que tenemos son pequeñas, y no van a durar siempre. Pero, gracias a ellas, Dios nos llenará de la gloria que dura para siempre: una gloria grande y maravillosa. Porque nosotros no nos preocupamos por lo que nos pasa en esta vida, que pronto acabará. Al contrario, nos preocupamos por lo que nos pasará en la vida que tendremos en el cielo. Ahora no sabemos cómo será esa vida. Lo que sí sabemos es que será eterna. Bien sabemos que en este mundo vivimos como en una tienda de campaña, que un día será destruida. Pero en el cielo tenemos una casa permanente, construida por Dios y no por seres humanos”*.

Pablo compara lo que es un tabernáculo, osea una tienda, movable, temporal y que se puede deshacer, con una casa, firme y permanente, ese edificio no hecho de manos, eterno y espiritual, en los cielos. Esto es lo que en verdad importa, esto es lo que debemos de ver y cuidar, esto es lo que debemos de anhelar, lo que en verdad en nuestra vida debiera tener peso de gloria eterna.

La presencia de la tentación en la vida del creyente es otra prueba para nuestra fe:

Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna. (Santiago 1.2-4)

“Motivo de gran alegría”, dice una versión, *“muy dichosos”* dice otra; la Biblia en Lenguaje Sencillo dice *“ustedes deben sentirse muy felices”*, ¿Cuándo? Cuando nos hallemos en diversas pruebas y dificultades. ¿Por qué? Porque solamente el oro es limpiado de impurezas.

Si nuestra fe es probada por Dios es porque es verdadera. Las pruebas para ese tipo de fe producen paciencia, y esta virtud solo crece a través de las pruebas. Si usted le pide a Dios que le dé más paciencia, prepárese para enfrentar las pruebas de las cuales surge y con las cuales se fortalece y perfecciona la verdadera paciencia.

Por ello Pablo les decía a los romanos: *“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza;”* (Romanos 5.3-4)

El soportar fielmente las pruebas y las tentaciones, fortalece no solo nuestra fe, sino también nuestra esperanza. ¿Esperanza de qué?:

Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte. (Santiago 1.12-15)

Nuevamente nos habla Dios de la corona de la vida, que ha prometido a los que le aman, y por tanto, soportan con paciencia, con perseverancia y con fidelidad las pruebas y las tentaciones de la vida diaria.

Aquí vemos ilustrada la diferencia entre las pruebas puestas por Dios, y las tentaciones que solo vienen de Satanás. Este se sirve de nuestra propia concupiscencia para atraernos y seducirnos, pero no nos puede obligar a pecar.

La palabra concupiscencia denota un intenso deseo de cualquier tipo, otras versiones dicen: pasión desordenada o malos deseos. Cuando nuestro mal deseo da aceptación al ofrecimiento satánico, se origina el pecado, y el pecado trae la muerte espiritual.

Sin embargo, no existe tentación que no podamos soportar:

No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar. (1Corintios 10.13)

Todas las tentaciones que utiliza Satanás son de naturaleza humana, terrenal, común, y por lo tanto manejable.

Dios da su palabra fiel de que no seremos tentados mas allá de lo que podamos resistir, ni con cosas extrañas a nuestro conocimiento o experiencia. De otra manera sería injusto. Satanás mismo sabe, por el éxito obtenido, que con las tentaciones que usa le es suficiente, tampoco necesita muchas herramientas ni batallar tanto.

Alguien pudiera preguntar: *¿y cuál es la salida que Dios da? “Hermano, es fácil pararse y decir que debemos evitar el pecado, pero ¿Por qué no me dice cómo le hago?”*

Hermanos, Dios jamás nos deja solos ni sin su sabia respuesta. En primer lugar, nos comunica claramente su voluntad, nos dice que cosas hacer, cuales evitar y nos define el pecado. Eso ya es una gran ayuda porque estamos enterados de su voluntad. Sabemos certeramente cómo y cuándo podemos ofenderle.

En segundo lugar, nos revela las trágicas consecuencias del pecado: vida y comunión destruidas, y luego el castigo eterno. Es otra gran ayuda saber no solo a qué nos estamos enfrentando, sino sobre todo a qué nos estamos arriesgando.

En nuestros trabajos seculares, no necesitamos tanta ayuda para hacer la voluntad del patrón. Nos basta con que nos pague, y nos diga qué es lo que quiere. Conocemos las consecuencias por desobedecer, y ni pasa por nuestra mente cometer semejante disparate.

En las cosas espirituales, además de estas ayudas, tenemos el mejor recurso de todos, que no es ni nuestra capacidad, ni nuestro conocimiento, ni nuestra experiencia, etc. Es el poderoso y eficaz privilegio de la oración constante. Nuestro Patrón Celestial nos escucha, le importamos, nos auxilia, nos acompaña, nos capacita, y aun nos rescata, para que nuestro pie no tropiece.

Y, por si acaso no fuera suficiente, nos obsequia el ejemplo de su propio Hijo:

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. (Hebreos 4.15-16)

¿Cree usted que con la ayuda del poder de Dios puede dejar cualquier pecado, resistir cualquier tentación y ser fiel hasta la muerte? Si la respuesta es sí, entonces la pregunta es: ¿Por qué no lo hemos hecho ya? Esta es una de las más importantes pruebas para aquilatar la calidad de nuestra fe en Cristo.

Todo el poder de Dios nos acompaña siempre, especialmente en momentos de tentación, tribulación, angustia o prueba.

Podríamos preferir que Dios nos quite toda persecución, problema y tentación, Él lo puede hacer. Pero si aun su Hijo, siendo Dios y siendo inocente, fue tentado en semejanza de hombre, si fue perseguido hasta la muerte y cada día experimentó el rechazo y la tribulación, ¿Quiénes somos nosotros para exigirle a Dios que nos libre de todo problema?

La persecución, los problemas y las tentaciones, como los desafíos y los obstáculos, están ahí por voluntad de Dios y para:

- Probar nuestra fidelidad y confianza en Dios
- Aumentar nuestra fuerza y resistencia
- Fortalecer nuestra fe, amor y esperanza
- Recordarnos nuestra debilidad y dependencia de Dios
- Dar ejemplo al mundo de la fe verdadera
- Preparar nuestro espíritu para la vida eterna

¿Cómo entonces sabríamos de qué estamos hechos nosotros y nuestra fe?

Dice así la Palabra de Dios:

Y meteré en el fuego a la tercera parte, y los fundiré como se funde la plata, y los probaré como se prueba el oro. El invocará mi nombre, y yo le oiré, y diré: Pueblo mío; y él dirá: Jehová es mi Dios. (Zacarías 13.9)

Las notas de la Biblia del Diario Vivir dicen: *“Un remanente es una pequeña parte de un todo. A lo largo de la historia de Israel, cada vez que toda la nación parecía volverse en contra de Dios, El decía que un remanente justo continuaba confiando en El y le seguía. Estos creyentes se refinaron como la plata y el oro mediante el fuego de sus circunstancias difíciles. Determínese a ser parte del remanente de Dios, esa pequeña parte del todo que es obediente a Él. Obedézcalo sin tener en cuenta lo que haga el resto del mundo. Esto puede significar pruebas y dificultades en ocasiones; pero así como el fuego purifica el oro y la plata, usted será purificado y vendrá a ser más semejante a Cristo”.*

Además de las persecuciones y la violencia, los problemas y dificultades de la vida diaria, y las tentaciones y maquinaciones de Satanás, las enfermedades desafían y miden nuestra confianza en Dios.

Oramos incesantemente a Dios por nuestra salud, y en ocasiones no entendemos por qué nosotros o nuestros familiares estamos siendo afligidos por la enfermedad, si somos sus hijos y nos dedicamos a su obra.

El mismo apóstol Pablo fue sometido a esta prueba:

Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. (2Corintios 12.7-9)

Dios no promete al cristiano la ausencia de enfermedades, pero sí promete su presencia, fortaleza y consuelo; y esto es más importante que la sanación misma.

No es por medio de la oración que Dios se entera de nuestras enfermedades y aflicciones, sino que es por medio de éstas que Dios nos informa de varias cosas importantes:

- Nuestro cuerpo no es tan fuerte, inmune o autosuficiente como nosotros creemos
- A cada instante es el poder de Dios del que dependemos, es el que nos sostiene y da aliento de vida a nuestro débil ser
- Necesitamos a cada instante mantenernos en oración y súplica, reconociendo tanto nuestra debilidad como su poder y amor eternos
- Recordemos que la gracia de Dios nos regala y prepara una morada celestial y eterna, donde no experimentaremos más el dolor y la enfermedad

Pablo entendió bien estas cosas venciendo en su prueba personal, y recibiendo la presencia del mismo poder de Dios en su vida y ministerio.

Aun la misma muerte de los santos, puede ser por y para la gloria de Dios:

Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. (Juan 11.4)

La muerte de Lázaro sirvió profundamente a la causa de Cristo entre su pueblo, dándole la oportunidad de manifestar su amor, su poder y su deidad. Hermanos, ¿qué importa si este tabernáculo terrenal se desgasta, se deshace o se corrompe, si tenemos en el cielo nuestro edificio espiritual no hecho de manos y eterno?

Preocupémonos y preguntémonos mejor si en nuestra vida no hemos ofendido a alguien, si no hemos ofendido a Dios mismo, si hemos hecho y terminado su obra, si podemos morir glorificando a Dios, seguros y tranquilos sabiendo que recibiremos la corona de justicia, junto con todos aquellos que aman su venida. Esto es lo verdaderamente trascendental, lo que realmente importará al final de los tiempos.

Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. (Juan 9.1-3)

Comenta nuestro hermano Bill H. Reeves: *“En este caso las obras de Dios incluían bendición física y bendición espiritual, pues el hombre que nació ciego recibió su vista física y también su vista espiritual (9.38). Dios gobierna este mundo y puede transformar un mal temporal en un bien eterno, y Dios tenía su plan para este hombre, pues sería el objeto de las maravillosas obras de Dios. Se puede decir lo mismo de cualquier ciego (o de sordos, paralíticos, etc.), porque toda vida que se somete a su voluntad le es útil”.*

¿Verdad que con el poder de la Palabra de Dios se mira la enfermedad desde otra perspectiva? Gracias a ella, pasamos del reproche y la inestabilidad emocional al pleno dominio y entendimiento de la voluntad de Dios.

Ahora sabemos que gracias a la enfermedad, las obras de Dios pueden manifestarse en nuestro cuerpo y en nuestra vida. Dios escucha nuestras plegarias y las responde haciendo su soberana voluntad en nuestros momentos más críticos. No nos deja solos ni es ajeno a nuestros profundos sufrimientos, se conduele por y con nosotros, se mantiene presente y cercano, conoce nuestra capacidad y debilidad, contempla y cura nuestro dolor, y lo que es más: cuando aceptamos su voluntad y nos gloriamos en nuestras debilidades, reposa sobre nosotros el amor, la compasión y el mismo poder de Cristo Jesús.

Pedirle al Señor que le quite su enfermedad o que le ayude en ella es un derecho que usted tiene. Pero si es usted un cristiano fuerte, o quiere aprovechar la oportunidad para serlo, piense antes en otras opciones.

Primero dele gracias por ser probado mediante esa enfermedad. Pídale fortaleza espiritual para soportarla y para ser enseñado por ella. Pídale luz para entender sus buenos propósitos y, sobre todo, sea un ejemplo de fortaleza y de fe para otros hermanos que están pasando por sus propias tormentas personales.

La presencia de la hipocresía en la iglesia, es otra de las principales pruebas para nuestra fe.

Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? (Gálatas 2.11-14)

La palabra hipocresía en el griego, **jupokrisis**, denota primariamente una respuesta o replica, de ahí vino a significar la actuación dramática de los actores en dialogo. Por lo tanto se le asocia con la falsa pretensión, el engaño, el fingimiento y la apariencia de religiosidad o bondad.

Una persona hipócrita finge o simula ser lo que no es, actúa diferente a sus verdaderos sentimientos o propósitos.

Eso es lo que pasaba nada menos que con el apóstol Pedro, quien por temor a los hermanos de origen judío, se apartaba y abstenía de comer con los gentiles, aunque en ausencia de los judíos, sí comía con ellos.

Tal proceder, según el apóstol Pablo, no era conforme a la verdad del evangelio, era una práctica que había que condenar. El pecado de la hipocresía no solo condena a quien la practica y hace inútil su obra espiritual, además contagia y arrastra a otros a participar o a cometer ese mismo pecado.

Dicho pecado asimismo, es poco detectado y menos censurado hoy en día, en el contexto y entorno de una sociedad acostumbrada a la simulación y la apariencia.

La hipocresía es una mala actitud interior que inevitablemente se manifiesta exteriormente en prácticas contrarias a la fe pretendida. Es decir: para hablar de la hipocresía, ha de ser mostrada o detectada en actos específicos.

Jesús también reprendió de frente la hipocresía de los fariseos en sus palabras, enseñanzas y conducta.

Pablo advertía sobre la hipocresía de mentirosos que prohibirán casarse y abstenerse de alimentos.

La hipocresía de Pedro era vista por todos, contagiaba y arrastraba a otros hermanos.

La hipocresía no es algo que se suponga, sino que es algo que se evidencia o se traduce por medio de actos específicos. No es que Jesús supusiera la hipocresía de los fariseos, Pablo no suponía la hipocresía de Pedro. La hipocresía es necesariamente algo evidente. Si hablamos sobre la hipocresía de algún hermano, debemos de ser capaces también de demostrar en qué actos o asuntos es hipócrita.

Si no podemos referirnos a algo en específico, sino que solamente *nos parece* que es hipócrita, entonces estamos cometiendo el pecado del prejuicio. Estamos juzgando según las apariencias.

Por el ejemplo de Pablo debemos entender que la hipocresía ha de ser resistida y reprendida fuertemente, pero también, que debe de ser de frente.

Pablo no dijo: *“hay un apóstol por ahí que a lo mejor anda siendo hipócrita”*; Jesús no dijo: *“hay ciertos maestros que no quiero decir sus nombres, pero que tal vez son hipócritas”*. Tanto Jesús como Pablo reprendieron la hipocresía y sus frutos de frente, con fuerza y con precisión.

Y aquí es donde radica el reto o la prueba para los hermanos en la fe. Nos encontramos ante tres posibles caminos:

- Abandonar a Cristo y su iglesia por culpa de los hipócritas, y condenarnos juntamente con ellos
- Quejarnos de los hipócritas pero no hacer nada, y condenarnos juntamente con ellos
- Reprender de frente a los hipócritas, rescatándolos del error y salvándonos juntamente con ellos

No nos preguntemos porqué existe la hipocresía en la iglesia, preguntémonos qué vamos a hacer ante la hipocresía, cómo vamos a salir de la prueba y cómo vamos a salvaguardar nuestra fe en Cristo Jesús.

Dios prueba nuestra fe también, al pedir grandes sacrificios:

Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. Y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno, y tomó consigo dos siervos suyos, y a Isaac su hijo; y cortó leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo. (Génesis 22.1-3)

Después de elegirlo para establecer un pacto con él y de convertirlo en el modelo y padre de los creyentes, Dios prueba la fe de Abraham.

No solo le da una indicación sobre el sacrificio que debe de realizar, sino que esta indicación va rodeada de ciertas frases que intensifican los sentimientos de Abraham.

Le menciona y recuerda Dios que Isaac es su único hijo, y que es a quien Abraham ama. Cuanto no anheló y cuantas veces no rogó a Dios acerca de tener un hijo de su esposa Sara. Y a pesar de la esterilidad de Sara y de la avanzada edad de ambos, no solo tuvieron un hijo, sino que sobre este hijo se proyectarían todas las promesas de Dios, todas las bendiciones espirituales presentes y futuras, no solo para ellos y su pueblo, sino para toda la humanidad. Pero Dios le pide sacrificar a su hijo amado, el hijo de la promesa.

Dios además ordena a Abraham que sacrifique a Isaac en la tierra de Moriah, a más de tres días de camino. Suficiente tiempo para pensar en quitarle la vida a su amado hijo con sus propias manos. Suficiente tiempo para meditar en lo injusto, difícil o ilógico de ese mandamiento.

Pero Abraham sabe que los mandamientos de Dios están para obedecerse y no para cuestionarse.

Abraham se levanta muy temprano, prepara su asno y a su hijo y se dirige hasta Moriah, ahí ata a su hijo y se dispone a sacrificarlo según las indicaciones de Dios. A nadie comunica las órdenes de Dios; si lo hubiera consultado con el hombre ¿qué tipo de respuestas o consejos habría escuchado?

Es tanta la fe de Abraham, que ante la pregunta de Isaac, le responde con seguridad que Dios se proveerá de cordero para el sacrificio.

¿Se imagina atar las manos que antes lo acariciaron? Como dice el comentarista Matthew Henry: *“nunca fue el oro probado en fuego tan ardiente”*.

Dios pudo pedirle a Abraham muchos carneros, y los habría ofrecido gustoso. Pero Dios quiso que ofreciera como holocausto aquello que más amaba y que más apreciaba.

Hermanos, en nuestra vida cristiana, y como prueba de nuestra fe, Dios también nos pide que sacrifiquemos para Él de aquello que más amamos y apreciamos.

¿Qué tal dejar la comodidad de nuestro hogar para ir a predicarle el evangelio a los perdidos? ¿Qué le parece dejar el convivio con nuestra familia para visitar a un hermano que está enfermo? ¿Qué tal dejar de ganar unas monedas extras, y dedicarnos más a la obra de Dios?

Estamos dispuestos a hacer muchas cosas para Dios, pero cuando tengamos tiempo de sobra. Estamos dispuestos a invertir en la obra de Dios, pero cuando nuestras necesidades personales estén cubiertas. Estamos dispuestos a fortalecer la comunión con la iglesia, pero primero cumplir con nuestra familia terrenal. Esto significa que nuestra vida y obra cristiana, aquello que decimos que es lo más valioso, es en realidad algo secundario. ¿Cómo va a ser Dios lo más importante en tu vida si lo dejas en segundo lugar en todas las cosas?

¿No es así? Si aun estando en este lugar adorando a Dios, no podemos apagar el celular, porque quizás alguien tenga algo más importante que decirme. Quizás mi presencia hace falta en algún otro lugar.

Aun no se acaba la adoración y ya estamos parados como si nos urgiera irnos de aquí. Nos cansa y da hastío la misma adoración a Dios.

David, otro gigante de la fe, no hacia esas cosas:

Entonces dijo David a Ornán: Dame este lugar de la era, para que edifique un altar a Jehová; dámelo por su cabal precio, para que cese la mortandad en el pueblo. Y Ornán respondió a David: Tómala para ti, y haga mi señor el rey lo que bien le parezca; y aun los bueyes daré para el holocausto, y los trillos para leña, y trigo para la ofrenda; yo lo doy todo. Entonces el rey David dijo a Ornán: No, sino que efectivamente la compraré por su justo precio; porque no tomaré para Jehová lo que es tuyo, ni sacrificaré holocausto que nada me cueste. Y dio David a Ornán por aquel lugar el peso de seiscientos siclos de oro. Y edificó allí David un altar a Jehová, en el que ofreció holocaustos y ofrendas de paz, e invocó a Jehová, quien le respondió por fuego desde los cielos en el altar del holocausto. (1Crónicas 21.22-26)

La versión de la biblia La Palabra de Dios para Todos, dice: *“Ni tampoco le voy a ofrecer sacrificios que no me cuesten nada”*.

En mi estudio Da lo Mejor al Señor comento lo siguiente: *“David era un varón conforme al corazón de Dios, amaba a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas; por eso todo su afecto, toda su atención, todo su amor, estaban dedicados a la casa del Señor. La gloria del Creador del cielo y de la tierra es inmensa. ¿Cómo iba David a ofrecerle en sacrificio las migajas, las sobras? Y sin embargo, muchos de los que vieron con sus ojos las maravillosas obras del Dios Omnipotente, le presentaron una adoración defectuosa. Muchos, incluso quienes había puesto por reyes de Israel y de Judá, le presentaron en sacrificio solamente basura. Y hoy en día, aunque nos cueste trabajo aceptarlo, muchos de nosotros, no estamos haciendo una cosa diferente. Muchos buscamos la manera de entregarle a Dios un sacrificio que no nos cueste nada. Buscamos la forma de no comprometernos con las necesidades de la iglesia. Buscamos la forma de no trabajar en su obra. Incluso en el momento de la ofrenda, buscamos las monedas más pequeñas. Pensamos que Dios tiene que conformarse con lo que le queramos dar, ¡como si fuera un limosnero!”*

Hermanos, ni Dios es un limosnero, ni lo que le entregamos pueden ser las sobras de nuestra vida.

Maura Hernández Gutiérrez comenta: *“El verdadero valor de David no era exterior, no estaba en lo que sucedió ni en lo que él aprendió. No consistía en lo que de él se veía, ni lo que él sabía o en la tradición heredada, el verdadero valor de David era su corazón, el verdadero valor de David estaba en su interior”*.

Si en nuestra vida se nos hace difícil mejorar o aumentar nuestro esfuerzo, entrega y trabajo para Dios, debemos de reflexionar si realmente hemos venido a ser cristianos y pertenecer a Cristo, pues eso es lo que significa ser *cristiano*. Confesar con nuestros labios nuestra fe de que Jesús es el Señor, no fue solo un trámite para nuestra salvación, sino la manifestación pública de que a partir de ahora Él es mi amo y dueño y yo su pertenencia.

Siéntese y medite ahora, en qué cosas puede mejorar su entrega a Dios. Puede usted abandonar una mala costumbre que ofende a Dios. Quizás pueda mejorar un poco su ofrenda. A lo mejor puede trabajar menos para tener tiempo para evangelizar. Tal vez pueda sacrificar un poco a su familia, para aumentar su comunión con la familia de Dios. Es posible que decida ver menos futbol o telenovelas para estudiar más la Biblia.

Es usted quien sabe en qué cosas puede ofrecer a su Isaac en sacrificio a Dios.

El sacrificio que nosotros estemos dispuestos a dar o hacer, prueba la sinceridad, la calidad y fuerza de nuestra fe en Dios. Dios además prueba nuestra fe con muchas cosas más, si es que no con cada circunstancia y experiencia en nuestra vida, a cada momento y en cada ápice de nuestro ser y existencia.

Y recuerde: Dios quiere que cuando Jesucristo venga por nosotros, pueda encontrar nuestra fe más fiel y pura que el oro, porque es más valiosa y de duración eterna. Para eso está el crisol de los problemas, las aflicciones y las pruebas de nuestra fe.

Dios le bendiga y gracias por su atención a este estudio.

Tonalá, Jal. Julio de 2015